

**FOUCAULT, M., *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona, 1999**

Este libro es la transcripción del discurso que Foucault dictó cuando se hizo cargo de la cátedra de Sistemas de Pensamiento en el Collège de France. Este hecho marca la estructura del mismo y el estilo que sigue el autor de *Las Palabras y las Cosas*.

En él se apunta toda una serie de temas muy presentes en la filosofía del autor galo y se esboza un programa de investigación que siguió hasta su muerte.

El texto puede dividirse en una presentación, el desarrollo de algunas ideas (principios rectores de sus preocupaciones filosóficas) y al final un homenaje al estudioso de la obra de Hegel y profesor al que sucedió: Jean Hyppolite.

Para Foucault existen toda una serie de procedimientos de exclusión social que controlan, seleccionan y redistribuyen la producción del discurso. Este tabú es de tres tipos: del objeto, del ritual de circunstancias y del derecho privilegiado del sujeto que habla. Estos tres tipos de prohibición forman una malla dinámica y las regiones donde dicha malla es más estrecha son la sexualidad y la política, lo que significa la relación del discurso con el deseo y el poder.

Los tres sistemas de exclusión a los que se refiere el autor francés son: la palabra prohibida, la locura y la separación entre lo verdadero y lo falso. De ellos resalta el segundo y el tercero. El loco es el discurso diferente que no puede circular como el de otros. En cuanto a la última, si uno se sitúa en el interior del discurso la división no es ni arbitraria, ni modificable, ni institucional o violenta. Pero si se coloca en otra escala se dibuja un sistema de exclusión. Con Platón el discurso variará respecto a los sofistas. La verdad deja de ser lo que *era* el discurso o lo que *hacía*, sino en lo que *dice*. “La verdad se desplazó del acto ritualizado, eficaz y justo, de enunciación, hacia el enunciado mismo: hacia su sentido, su forma, su objeto, su relación con su referencia” (p. 20).

Con este cambio el discurso estará siempre respaldado por apoyo institucional (laboratorios, bibliotecas, consejo de sabios). “El discurso verdadero, al que la necesidad de su forma exime del deseo y libera del poder, no puede reconocer la voluntad de verdad que lo atraviesa; y la voluntad de verdad que se nos ha impuesto desde hace mucho tiempo es tal que no puede dejar de enmascarar la verdad que quiere”. De esta manera se legitima el discurso de lo verdadero en contraposición a otros discursos a los que se presiona y coacciona. Además “la voluntad de verdad está enmascarada como voluntad misma en su necesario despliegue” (p. 24). Aparece como sinónimo de riqueza y fecundidad, al mismo tiempo que ignoramos la pérdida maquinaria que la atraviesa destinada a excluir.

De ello, no es extraño que se derive la obligación consistente en que cualquier proposición debe cumplir complejas y graves exigencias para asegurar su pertenencia a una disciplina y ser catalogada como verdadera o falsa. En muchos casos, en la historia de la ciencia ha tenido que darse un cambio de escala para que se dieran por verdad teorías excluidas del debate científico (el caso que toma Foucault como ejemplo es el de Mendel).

Siempre se puede *decir* la verdad desde un espacio de exterioridad salvaje; “pero no se *está* en la verdad más que obedeciendo a las reglas de una policía discursiva que se debe reactivar en cada uno de sus discursos” (p.38). La forma más superficial y visible de estos sistemas de restricción el ritual, que define la cualidad de los intervinientes en el discurso, los gestos, comportamientos, circunstancias, conjunto de signos que se usan, fija la eficacia de las palabras, los efectos sobre aquellos a los que se dirigen y los límites de su valor coactivo.

Las sociedades de discurso tiene como fin conservar y producir discursos. Son sociedades coactivas y difusas. El discurso es una violencia que se ejerce sobre las cosas.

Para desarrollar un programa de investigación que analice estas sociedades, que es la pretensión de Foucault, es imprescindible enfocar nuestra atención en dos conjuntos: el crítico y el genealógico. En el primero el principio de trastocamiento (estudia la formación de las maneras de exclusión). En el segundo se encuentran los principios de discontinuidad (investiga los discursos como prácticas discontinuas que se yuxtaponen, contraponen, se ignoran o excluyen), especificidad (concebir el discurso como violencia que se impone a los otros) y exterioridad (no ir al núcleo del discurso sino a las condiciones externas de posibilidad).

En este breve pero denso libro Foucault nos da una serie de coordenadas que es necesario estudiar con profundidad para ver en que sentido nos pueden ser útiles en nuestro hacer filosófico. En un tiempo plagado de certidumbres, éticas del discurso y confianza en la globalización, no viene mal releer a los herederos de Nietzsche, ya que ellos pueden ayudar a orientar nuestro foco en la dirección más adecuada. De todas maneras la tarea y la responsabilidad de aportar vías alternativas al dominio (cada vez más autoritario) es nuestra.

Rafael R. PRIETO